

A woman in a red coat and black umbrella walking in the rain at night, surrounded by colorful bokeh lights.

EL DÍA QUE ENCENDIMOS LA LUZ

JUAN PABLO CARNEVALE

tequisté

EL DÍA QUE
ENCENDIMOS
LA LUZ

El día que encendimos la luz

© de los textos: Juan Pablo Carnevale, 2022

© de esta edición: Editorial Tequisté, 2022

Corrección: M. Fernanda Karageorgiu

Diseño gráfico y editorial: Alejandro Arrojo

Arte de tapa: "Paraguas" ©2022 tequisté.

Ilustración de interior: "Ataduras" ©2022 tequisté.

Las imágenes de tapa e interior fueron realizadas con software de IA (inteligencia artificial) del laboratorio independiente de investigación Midjourney.

Ingeniero de prompt: Alejandro Arrojo

1ª edición: octubre de 2022

Producción editorial: Tequisté

hola@tequiste.com

www.tequiste.com

ISBN: 978-987-8958-11-8

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni su distribución o transmisión de forma alguna, ya sea electrónica, mecánica, digital, por fotocopia u otros medios, sin el permiso previo por escrito de su autor o el titular de los derechos.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Carnevale, Juan Pablo

El día que encendimos la luz / Juan Pablo Carnevale.

- 1a ed. - Pilar : Tequisté. TXT, 2022.

104 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-8958-11-8

1. Literatura Argentina. 2. Cuentos. 3. Poesía. I. Título.

CDD A860

A MIS HIJOS:
Laura, Giuliana, Luca y Giovanni

ÍNDICE

Cheek to cheek	13
El día que encendimos la luz	17
Reloj de pared	19
Gemelas	23
Paraguas	27
Caja negra	31
Taza de té	35
Sudestada	39
Norma	43
El edificio del libro	45
Canción de cuna	49
La esquina	55
Siniestra	59
Veinticinco millones de argentinos	63
La puerta del claustro	67
Luz mala	71
Libre	75
Barrilete cósmico	77
Descenso	81
Misa inconclusa	83
Una pluma reseca	85
Marioneta	87

Niños de cristal	89
Cielorraso	91
Porteños	93
Golpe negro	95
Inefable	97
Irreversible	99
Sobre el autor	101

EL DÍA QUE ENCENDIMOS LA LUZ



JUAN PABLO CARNEVALE



tequisté

*Enamorarse es crear una religión
cuyo Dios es falible.*

JORGE LUIS BORGES

CHEEK TO CHEEK

*El silencio es mi voz,
es mi sombra, mi llave...*

ALEJANDRA PIZARNIK

El agua caliente corría por su cuerpo como un bálsamo. Entre la música que llegaba desde el living y las gotas que le golpeaban la piel, el ambiente de relax era ideal. El vaso de whisky *Etiqueta Negra* al borde del lavatorio lo aguardaba, como todas las tardecitas de sábado en que se preparaba para salir con ella. El ritual era religioso, y Julia lo esperaba sentada en el mullido sillón de dos cuerpos color pastel frente al enorme ventanal con vista al río. Era su lugar favorito y solía pasar horas y horas mirando cada movimiento perezoso de las olas y la cantidad exacta de veleros que navegaban hasta bien entradas las primeras sombras de la noche. Luego de diez minutos cerró la ducha, anudó la toalla a su cintura y se afeitó frente al espejo. No tenía ya rastro de una pequeña alergia en el cuello que lo había tenido a mal traer en la semana ni mucho menos el de un corte sobre una de sus muñecas que no recordaba bien cómo se le había producido. Y, como de costumbre, hasta que la raya exacta del costado de su cabello no quedó prolija-

mente peinada, no salió del baño. Caminó por el pasillo que conducía a su habitación mientras Louis Armstrong endulzaba el ambiente con su voz, y Julia aguardaba, entretenida, contemplando la inmensidad en silencio.

Se vistió con ansiedad porque la velada que le esperaba era, realmente, excitante. Hacía meses que no iba al teatro y “Sueño de una noche de verano” era un gran plan previo a la cena romántica en el Club del Lago. Antes de dejar la habitación, se paró delante del espejo rectangular que tenía en el vestidor. Chequeó que su smoking negro, su moño al tono y sus gemelos de plata estuvieran debidamente en su lugar. Tomó un pañuelo descartable y secó el sudor molesto de su frente. “Ya estoy, mi amor”, le dijo en voz alta, mientras colocaba unas gotas de *Armani* en su cuello y muñecas. Luego, ajustó el *Rolex* y estuvo listo.

Caminó hacia el living y se sirvió otro trago. Tenía un rato todavía. Julia permanecía ensimismada y no contestó el convite. El sol se desinflaba en el horizonte, y alguna que otra estrella perdida se asomaba tímidamente. Se sentó a su lado.

Se había enamorado de ella a primera vista. Ni bien la vio, había quedado impactado y lo que más lo seducía era la forma en que la fémina manejaba los silencios. “Silencios sabios”, como a él le gustaba llamarlos. Hacía unos meses que este amor había salido del closet. Fue cuando Eduardo empezó a sentir que tenía ojos solo para ella. Pasaban los días juntos y la convivencia era armoniosa. De repente, miró el reloj y apuró el último sorbo. La tomó entre sus brazos y la llevó a bailar al centro de la habitación, mientras la penumbra de la

tarde los invadía. “Cheek to Cheek” en la voz del glorioso Satchmo era el tema musical de la pareja. El primero que habían bailado el día que Julia llegó a su vida. Sus cuerpos pegados dibujaban espirales en el aire y, entre giros y giros, el deseo crecía lentamente. Él la besó en el cuello y le declaró la guerra con sus manos hasta que el timbre abortó la misión. Amenazados y desnudos, entre la evidencia y la oscuridad del departamento, la colocó sobre sus piernas y se sentaron frente a la puerta. Eduardo estiró su brazo y sacó cuidadosamente la púa del disco. Solo las bocinas y el ulular lejano de alguna ambulancia irrumpían en el espesor de la noche.

“No temas, mi amor”, le susurró temblorosamente al oído y la abrazó hasta sentir que la rompía. Dejó de taparle la boca temiendo algún grito y tanteó debajo del almohadón. Pudo sentir como una gota de sudor helado corría por su espalda, y el desierto se apoderaba de su boca.

Tres timbrazos más, el sonido de las llaves y un perfume de fantasías pasadas les rodeaban la manzana.

Una voz de otra vida y el disparo final.

EL DÍA QUE ENCENDIMOS LA LUZ

El fracaso nos había puesto en carrera nuevamente. Así fue.

Regresamos a las pistas de segundo o tercer hervor. Como en el Juego de la Oca, el amor nos hacía avanzar o retroceder casilleros, aunque, a veces, un paso atrás sirvió para tomar impulso como sentenciaba la sabiduría popular. Pero “puede fallar” decía un afamado mentalista mediático de los años ochenta. Lo cierto era que veníamos de recientes sinsabores y habíamos decidido desafiar la larga distancia y la incertidumbre mientras matábamos el aburrimiento vía chat. Sí, con Graciela nos conocimos entre largas noches virtuales de soledad y un sinfín de ruidos internos, zozobras y temores de no saber convivir solos. Sin espacio para los duelos ni para echarle *Pervinox* a las heridas, compartimos durante un mes exacto el derrotero de nuestras historias pasadas, nuestros gustos y alguna que otra fantasía sexual no experimentada en el umbral de los cuarenta. Nunca nos propusimos encender las cámaras para ver nuestros rostros con costuras y apostamos tácitamente a la cita a ciegas. Solo conocimos nuestras voces por teléfono como una instancia previa al encuentro tan esperado.

En un atardecer de verano de 2009, nos encontra-

mos en San Miguel, cerca de la plaza. Ella dejó el auto en el estacionamiento de la vuelta, y nos fuimos en mi camioneta rumbo a Tigre. Mientras tomábamos un trago a la vera del río, me detuve a mirar sus ojos saltones, su nariz del tamaño de un morrón y su generosa figura curvilínea que disimulaba ese tono de voz agudo e insostenible que cada vez me molestaba más. Graciela reparó en mis manos diminutas, algo afeminadas —que delataban la notoria incapacidad hasta para cambiar una lamparita—, en mi verruga prominente con tres pelos sobre una mejilla. Sin embargo, la noche nos encontró estirando la charla hasta la madrugada que fue cuando nos animamos a ese primer beso. Luego compartimos la mañana en la oscuridad de su cuarto, sin saber, que dormiríamos juntos diez años más hasta que un día se nos ocurrió, no sé por qué, encender la luz.

RELOJ DE PARED

El reloj de pared latía en las horas de la decisión. Ocho de la noche y la filosa mirada de sus ojos verdes se parapetaban detrás de la incipiente locura. Sus manos, un tanto resacas por las injusticias, reposaban tensamente sobre los extremos del sillón. Desde atrás y frente a la ventana, su lacio cabello blanco hacía un alto por sobre el gris de la tardecita. Corría el otoño puntual del año cumplido de aquel abandono que jamás perdonaría. Una helada cuchillada que había revuelto todas sus entrañas. “De la salvajada no se vuelve”, les había enseñado y repetido a sus hijos cual mantra. La frase la tenía tatuada en sus labios con la rigurosidad de una yerra. Siguió atenta por el ventanal los movimientos en la casa de enfrente mientras su maxilar parecía rumear violentamente solo la saliva amarga de una venganza. Sus puños se abrían y cerraban automáticamente, hinchando hasta reventar las azuladas venas de esas manos cuasi transparentes. Su hija, hecha añicos, deambulaba entre sollozos oscuros, saltando entre lianas de odio y hiel.

Con el correr de las horas y tras haber chequeado que la familia vecina de la doctora Zserman ya se encontraba en casa, levantó su viejo y paquidérmico cuer-

po del sillón y, con la respiración en calma pero las palpitaciones fuera de borda, enfiló hacia la cocina donde encontró el arma perfecta. Durante el trayecto, que fue tan rápido como sus averiadas rodillas lo permitieron, puso en su mente la desoladora historia con su exmarido. Los ojos se le salían de las órbitas cuando recordó la espalda de José marchándose aquella noche de verano tras una discusión que les bajaba el telón hasta al hartazgo. Después, recordó a su yerno: cada golpe en el cuerpo de su hija, cada palabra martillando su autoestima. Pero ella iba a tener más cojones que las mujeres de su generación y que todas las otras. Iba a vengar a una de sus mujeres averiadas.

Cuando descolgó la llave de su *Volkswagen Suran* con sus dedos inundados de sudor, supo que no había vuelta atrás. Se detuvo frente a la puerta trasera que linda con el angosto patio y conducía a la cochera. Ajustó su desabillé azul y fue en busca de su camioneta. Eran las doce de la noche y la luna iluminaba por demás sus oscuras intenciones. Madraza y aceptable esposa, encendió el motor y abrió el portón eléctrico. Estacionó el vehículo, mordiendo violentamente el cordón de la vereda, y, tras apagarlo, colocó un trozo de manguera de tres octavos dentro del orificio del tanque de nafta. Chupó hasta que el líquido comenzó a rebalsar locamente lubricando la calle y luego se subió otra vez para enfilarse hacia el frente de su casa.

La calle desierta y el olvido blanquecino eran sus testigos. Apretó con fruición el acelerador en dirección al garaje de los Zserman, familia de su exyerno, quien le había destrozado la vida a su hija. Iba a vengar a una

de sus mujeres averiadas. Aquella noche otoñal clavó su auto como una estocada de fuego que explotó dentro de la casa de los Zserman.

¡Me gusta, quiero seguir leyendo!

Para terminar de leer este libro puedes adquirirlo en alguna de las siguientes tiendas online del mundo, tanto en papel* como en eBook.

*Para la versión en papel busca la mejor opción según tu lugar de residencia, teniendo en cuenta el envío.

amazon

Google Play
Books

Apple Books

Book
Depository

mercado
libre

BajaLibros.com

El Corte Inglés

Casa
del
Libro

Podi books

SCRIBD

librerías
gandhi.

libreriadelaU

BARNES & NOBLE
BOOKSELLERS

fnac

cúspide

BUSCALIBRE.COM

compra directa con descuento solo para Argentina:

www.tequistelibros.com

tequisté